

**Relaciones sociales y prácticas de
apropiación espacial en los parques públicos
urbanos.**

**(El caso del Parc de Les Planes
de L'Hospitalet de Llobregat - Barcelona)**

Tesis para optar al título de Doctora en
Antropología Social

Doctoranda: Martha Cecilia Cedeño Pérez

Director de Tesis: Dr. Manuel Delgado Ruiz

**Departamento de Antropología Cultural e Historia de
América y África
Facultad de Geografía e Historia
Programa de Doctorado en Antropología del Espacio y
el Territorio (1999-2001)
Universidad de Barcelona
Barcelona, noviembre de 2005**

II. PRESUPUESTOS METODOLÓGICOS BÁSICOS

“La naturaleza del mundo social empírico ha de ser desentrañada, sacada a luz mediante un examen directo, minucioso y ponderado” (H. Blumer, *El interaccionismo simbólico*)

1. Hacia una etnografía de la vida pública

Al abordar este trabajo de investigación sobre los usos y prácticas en un parque público urbano se han tenido en cuenta algunas sugerencias básicas relacionadas, por una parte, con el hecho de ser un asunto enmarcado dentro del ámbito de la realidad social y, por la otra, con su carácter inestable, al estar inmerso dentro de la noción de espacio público como ámbito de lo movedizo, lo fugaz y lo fragmentario. Esto último plantea un problema metodológico importante: ¿cómo acercarse a un espacio donde tienen lugar unas formas de vida en buena medida signadas por interacciones efímeras, por despliegues de códigos de circulación elaborados sobre la marcha y por situaciones con frecuencia imprevistas e imprevisibles?

Para intentar una aproximación a las posibles respuestas a un problema metodológico tal es conveniente reconocer, en primera medida, que pese a las nuevas problemáticas abordadas en antropología en general, continúa siendo pertinente el recurso a aquellos métodos clásicos que hacen parte indisoluble de la naturaleza de la disciplina. De ahí que estrategias de investigación social como la etnografía continúen siendo el camino más interesante e iluminador a la hora de intentar el conocimiento de fenómenos de la realidad social, que pueden ir desde los más tradicionales -el estudio de comunidades “exóticas”, por ejemplo- hasta aquellos sino novedosos al menos insólitos o poco estudiados. La etnografía constituye una forma viable de encarar un problema de investigación con cierto margen de flexibilidad en sus instrumentos y enunciados, en el sentido de que permite el discernimiento de la realidad teniendo presente que la materia de la que está hecha no se puede apreciar como si fuese un objeto estático, inamovible y por ello sujeto a regularidades fijas que pueden ser visualizadas únicamente a través de datos cuantitativos,

sino que, al contrario, permite aprehender los vaivenes de esa realidad, siempre en constante cambio y transformación, con el ánimo de perfilar, más que sus hechos causales, las características, los rasgos más significativos constitutivos de su naturaleza.

En ese sentido, los caminos de la etnografía apuntan hacia el descubrimiento de las cualidades sensibles de una realidad social que *per se* es movediza, lo cual implica, por un lado, la dificultad de plasmarla únicamente en enunciados métricos, y, por el otro, la necesidad de utilizar mecanismos adecuados para intentar captar su estructura y su función. Por ello, el trabajo etnográfico implica, además de una dedicación exclusiva, el uso de herramientas que posibiliten la aproximación a esas huellas de la realidad que van desde la observación y la realización de entrevistas hasta el empleo de otros instrumentos menos usados pero igualmente válidos. Como forma de *llegar a*, la etnografía permite además adentrarse en los senderos de la cotidianidad del comportamiento humano en sus formas manifiestas de acuerdo a los contextos; y es ahí donde el papel del investigador es importante, pues debe comprender esos movimientos desde la mirada partícipe de quien está inmerso en el foco de investigación, por un lado, y desde la mirada distante de quien intenta desvelar una problemática científica, por el otro. Sea como fuere, la cuestión fundamental aquí es resaltar que la única forma de dar cuenta sobre una realidad social es, como proponía Blumer, “acudiendo al mundo social empírico y comprobando mediante un minucioso examen del mismo si las premisas e imágenes esenciales establecidas, las cuestiones y problemas planteados, los datos seleccionados a partir de dicho mundo, los conceptos a través de los cuales éste es observado y analizado, y las interpretaciones formuladas se confirman realmente”.¹

La etnografía trabaja con una amplia gama de fuentes de información sin las cuales, como es obvio, difícilmente se llegarían a comprender los fenómenos sociales estudiados. Así que el etnógrafo o la etnógrafa participan de manera abierta o sutil en la vida cotidiana de las personas durante cierto tiempo, observando lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas, usando los mismos espacios; esto es, recogiendo gran variedad de

¹ Herbert Blumer, “La posición metodológica del interaccionismo simbólico”, en *El interaccionismo simbólico*, p. 24.

datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que a él o ella interesan.² Y no podría ser de otra manera, pues, como dice Joseph, “toda observación, todo análisis cualitativo de comportamientos sociales implica una comprensión de categorías de conocimiento espontáneo que no se adquiere sino por la ‘familiaridad’, la ‘observación participante’, ‘la inmersión’”, dentro de una realidad concreta, donde se muestran y negocian las identidades en las situaciones de la vida cotidiana.³

El hecho de examinar directamente el mundo empírico implica la formulación de una serie de estrategias conforme al carácter de esa realidad, esto es, que los instrumentos empleados para el descubrimiento de la misma deben respetar su naturaleza, tarea ardua que requiere un “sondeo minucioso y honesto, una imaginación creativa pero disciplinada, iniciativa y flexibilidad en el estudio, una serena reflexión sobre los hallazgos realizados y estar permanentemente dispuesto a poner a prueba y refundir los puntos de vista y las imágenes personales sobre el área de estudio”.⁴ Desde esa perspectiva, enunciada por el interaccionismo simbólico, se han desarrollado aquí los principales mecanismos entendiéndolos como meros instrumentos concebidos para reconocer y analizar el carácter obstinado del mundo empírico, mecanismos que, si bien están enmarcados dentro de los parámetros básicos de la etnografía como uno de sus instrumentos fundamentales, se han flexibilizado para acomodarlos a las exigencias del ámbito oscilante de la cotidianidad urbana.

Por otra parte, en el esbozo de los lineamientos teóricos se mostró que es posible una conceptualización del mundo social de los espacios públicos con la ayuda de la microsociología, la etnografía de la comunicación y otros cuerpos teóricos afines. En el plano metodológico, sin embargo, aún parece

² Aquí se habla, por supuesto, de la observación participante en el sentido clásico, cuyas características fundamentales continúan siendo las mismas que Malinowski descubrió. Ésta consiste básicamente en “aproximarse a los sujetos que se quiere estudiar, compartir con ellos largos periodos de tiempo, ganarse su confianza, colocarse en el lugar adecuado para observarlos y escucharlos, conversar largamente con ellos en su lengua interrogándoles acerca de sus actitudes y comportamientos, observar atentamente lo que hacen y tomar nota de toda esa información...”, ver Arturo Álvarez Roldán, “La invención del método etnográfico. Reflexiones sobre el trabajo de campo de Malinowski en la Melanesia”, *Antropología* no. 7, marzo de 1994, p. 96

³ Isaac Joseph, «L’analyse de situation dans le courant interactionniste», *Ethnologie française*, XII, 1982, 2, p. 230.

⁴ Blumer, pp. 29-30

existir una problemática relacionada con los instrumentos utilizados para la comprensión de ese universo hecho de trazos e instantaneidades. El carácter lábil de los espacios públicos urbanos, dada su condición de estructura forjándose constantemente, hace necesaria la utilización de instrumentos adecuados que, solos o combinados entre si, permitan explorar sus formas, sus dimensiones y sus funciones. En este caso una etnografía de los espacios públicos reconocerá como instrumento fundamental -aunque no exclusivo- la observación naturalista no obstrusiva, que se constituye en un camino metodológico adecuado al presentarse como técnica básica que prima el examen de los flujos de conducta directamente visualizados, procurando que la presencia del investigador pase lo más desapercibida que sea posible y reduciendo al mínimo la intrusión de éste en la realidad de la que se intenta hacer un registro.⁵ Es a través de esa forma de registro que es posible intentar una suerte de antropología de las situaciones, de las ocasiones efímeras, tan cargadas de vaivenes, ambigüedades y precariedades, que parecen hilar la vida pública. En ese sentido se tiene claro que el espacio público remite a un campo de visibilidades mutuas en donde las unidades de participación, siempre en un plano copresencial, se construyen y organizan a cada momento, para desintegrarse al poco tiempo. Ello implica un reconocimiento de la inteligibilidad y la reciprocidad concretada en las interacciones que, como fenómenos en si mismos, son visibles y por lo tanto factibles de ser descritas y analizadas dentro de sus respectivos contextos. En esa polifonía de cuerpos comunicándose casi siempre en silencio, que coinciden en un espacio-tiempo definido, se puede observar un orden que parece irse configurando en un presente continuo.

El instrumento fundamental de la etnografía es, como se sabe, el investigador mismo expuesto a una serie de estímulos que debe captar a través de sus sentidos, para luego enunciarlos en un diario o cuaderno de campo que plasme esa realidad. En algunas ocasiones se hace la distinción entre observación simple y participante, para dilucidar el carácter distante y casi siempre no intrusivo de la primera, y el próximo y visible de la segunda; aunque en últimas ambas apunten hacia el mismo sentido. No obstante, en

⁵ John y Lyn H. Lofland, *A guide to qualitative observation y analysis*, second edition, Wadsworth publishing, Belmont, California, 1984, p. 3

algunas oportunidades ese enfoque clásico de la observación se debe adaptar a nuevas circunstancias, a nuevas temáticas menos convencionales, como sucede con el estudio de espacios públicos cuyo carácter inestable exige afinar y adaptar esas estrategias. Lo anterior plantea un problema metodológico que tiene que ver con la manera como se abordan tópicos relacionados con la vida urbana, caracterizada por el movimiento incesante, por el flujo de seres extraños entre sí, expuestos a relaciones fragmentarias y huidizas, lo que de partida hace no siempre indicado el uso de estrategias etnográficas clásicas, como las que procuran un acercamiento a estructuraciones sociales plenamente estructuradas. ¿Cómo captar, entonces, la fugacidad del momento, la multiplicidad de estímulos que se producen y estallan en la calle?

Aceptando el riesgo de distanciarme de los procedimientos de investigación convencionales, experimento cada encuentro en las calles como una situación única, evasiva. Ese hecho, que por sí solo diferencia radicalmente estas observaciones de aquellas realizadas en contextos sociales más estables, obliga que se adopten procedimientos de investigación que incluyan la incertidumbre en cuanto a la posibilidad de un reencuentro, de volver a tener una segunda oportunidad o de establecer con aquellos cuyas prácticas deseo conocer, una relación intersubjetiva de confianza, más duradera. La perturbadora temporalidad del objeto no me deja otra alternativa si no recurrir a conversaciones fragmentadas y a la observación a distancia...⁶

Dentro de los inestables escenarios sociales metropolitanos se hace urgente la utilización de métodos de observación que faciliten aprehender la realidad cambiante, como si el investigador fuese un *cameraman* o un “pintor de la circunstancia y de todo lo que ella sugiere de eterno”, como diría Baudelaire en un célebre texto ya aludido, que anticipa perspectivas como las que aquí se adoptan.⁷ Es decir, un observador cuya misión se lleva a las últimas consecuencias intentando captar el cúmulo de cosas que suceden a su alrededor de manera natural, conforme sólo al carácter de las mismas, al tiempo que toma la distancia suficiente para no obstruir los procesos concretos

⁶ Antonio A. Arantes, “La guerra de los lugares: fronteras simbólicas y umbrales en el espacio público”, en D. Herrera (ed.), *Ciudad y cultura. Memoria, identidad y comunicación*, Universidad de Antioquia, Medellín, 1997, p. 152

⁷ Charles Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*, Colegio de Arquitectos y Aparejadores de Murcia, Murcia, 1995.

que allí se dan. Es un trabajo difícil de realizar, primero por la cantidad inusitada de estímulos que en cierta forma hacen perder el nivel de atención sobre lo observado, exponiendo al investigador a pedazos de realidad, a trozos incoherentes que no dan tiempo para la organización de lo visto; y segundo, el simple hecho de estar en un espacio sobre el cual se indaga ya implica cierto nivel de intrusión, de participación puesto que el sujeto-observador también es un transeúnte, un ocupante de un banco del parque o un simple paseante que así husmeé sigilosamente es visible a los demás. Por ello el observador de lo público debe ser un individuo en continuo movimiento tal como la cosa que investiga, pues el hecho de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio podría provocar confusiones importantes y profundos malentendidos, lo cual dificultaría el desarrollo normal de su trabajo de campo.

Esa observación de la vida pública llevada a sus últimas consecuencias, como ya se ha mencionado, es la que se refleja en los diversos trabajos insertos dentro de los parámetros de la microsociología⁸ que apostó por el descubrimiento de lo obvio, de los detalles aparentemente insignificantes de la cotidianidad urbana, donde tienen lugar un cúmulo de interacciones, de pactos automáticos que permiten la circulación, el vivir en un mundo de seres anónimos que ponen en práctica un conjunto de códigos que les permiten la convivencia; ello se traduce también en los lineamientos generales del interaccionismo simbólico, que apuesta por el examen directo del mundo empírico social mediante una observación cien por cien naturalista, que no disimula su deuda con el modelo etológico. Y se relaciona también con ciertos presupuestos de la etnometodología⁹ en cuya concepción última importan los procesos, las actuaciones prácticas de la vida cotidiana y los métodos que acompañan dichas acciones, como consecuencia de una realidad concebida

⁸Veáanse los trabajos de Goffman a los que ya se ha hecho mención en el desglose teórico y también el estudio de Isaac Joseph, *Erving Goffman y La microsociología*, así como el capítulo especial que dedica Ulf Hannerz a los trabajos de Goffman ("La ciudad como teatro: los cuentos de Goffman") en *Exploración de la ciudad*. Ambos ya citados.

⁹Para una introducción general a esa corriente, me remito a Alain Coulon, *La Etnometodología*, Cátedra, Madrid, 1988; Véase también, en general, el trabajo de Harold Garfinkel, considerado uno de los precursores de la escuela etnometodológica junto con H. Sacks y A. Cicourel, entre otros, cuyas aportaciones más relevantes se esbozan en Félix Días, "Introducción: la ubicua relevancia de los contextos presenciales" en Félix Días (comp.), *Sociologías de la situación*, La Piqueta, Madrid, 2002.

como la consecuencia de un consenso práctico.¹⁰ Algunos conceptos propuestos por la escuela etnometodológica, tal como la indexicabilidad del lenguaje, por ejemplo, que remite al carácter contextual de una conversación y su desarrollo a partir de la construcción activa de sus participantes, puede también ser trasladado al campo de las interacciones en los espacios públicos; al igual que la reflexividad a la que hacía referencia Garfinkel para designar que se produce el mundo cuando se nombra -abierta o veladamente- en la cotidianidad, bajo el supuesto de un sentido común, pues éste “no sólo pinta una sociedad real para sus miembros, sino que, a la manera de una profecía que se cumple, las características de la sociedad real son producidas por la conformidad motivada de las personas que han hecho ya estas previsiones”, así que “las descripciones de lo social se convierten, en el momento de expresarlas, en partes constitutivas de lo que describen (...) Describir una situación es construirla”.¹¹ Desde esa perspectiva se podría decir, con los etnometodólogos, que el mundo social no está acabado, finalizado, sino que se construye *aquí y ahora*.

Existe una cierta tradición investigadora que se ha planteado las dificultades de una indagación sobre el funcionamiento de la vida social en espacios públicos, sobre todo como consecuencia de su carácter crónicamente alterado. Si bien los planteamientos teóricos de partida han sido claramente postulados por el interaccionismo simbólico, la etnografía de la comunicación o la etnometodología, los trabajos empíricos son mucho más escasos, siendo las formulaciones metodológicas más destacadas las provistas por los Lofland en

¹⁰ Se ha hecho mención a algunos trabajos recientes llevados a cabo en nuestro medio académico enmarcados desde la perspectiva metodológica que aquí se aborda, como el de Gabriela de la Peña sobre copresencia y visibilidades en la Plaza Catalunya, un estudio que da cuenta sobre las formas de interacción y apropiación de ese espacio público, y que lleva a sus últimas consecuencias la metáfora teatral, para mostrar cómo esa plaza no es simplemente un lugar de paso o de encuentro sino un escenario dispuesto formal y potencialmente para la acción-representación. En un sentido similar, metodológicamente hablando, está la investigación de Rodrigo Herrera sobre las calles Pintor Fortuny y Hospital ubicadas en el barrio Raval de Barcelona, cuya comparación sirve para comprobar el discurrir nervioso, fragmentario, múltiple, inopinado y estimulante de ésta última; y el discurrir ordenado, simétrico y plano de la primera que refleja el control y la demarcación exacta de su paisaje; y el de Isaac Marrero que se adentra en los espacios de la Illa Diagonal para escudriñar en los usos, las interacciones, los modos de hacer que allí se evidencian. Otro trabajo sugerente es el de Gerard Horta, que se convierte en observador y transeúnte dentro del recinto del Forum 2004, para conocer las fluctuaciones y vericuetos de un espacio ambiguo y paradójico hecho de interacciones, de recorridos y usos demarcados en donde de alguna manera también se refleja el espacio exterior (Gerard Horta, *L'espai clos*, Edicions de 1984, Barcelona, 2004).

¹¹ Citado en Coulon, p. 44

varios trabajos importantes.¹² En las últimas décadas las aplicaciones más representativas se han llevado a cabo en Estados Unidos -como los estudios de Whyte, Duneier o Low ya mencionados y otros- y en Francia, sobre todo a partir de las aportaciones de Jean-François Augoyard y los desarrollos posteriores de autores como Quéré, Brezger, Grosjean, Mondada, Thibaud y otros,¹³ estos últimos muy influenciados por el ascendente teórico de Isaac Joseph,¹⁴ cuyos postulados, más allá de los aportes goffmanianos, perfilan los fundamentos sobre los cuales es posible estudiar el espacio público como una coproducción de la experiencia entre desconocidos y por ello mismo como una comarca de comunicación; sin olvidar a otros autores, ya mencionados en los lineamientos teóricos, que navegan por rumbos similares acercándose a los pasos y las atmósferas urbanas y que irán siendo mencionados a lo largo de la presente investigación. Todos estos enfoques tienen en común la aproximación al espacio público como lugar sensible de la acción y el movimiento en donde surge un modo de vida singular y en cuyos trazos se perfila la utilización de la observación como instrumento fundamental para desentrañar las oscilaciones de la vida urbana.

Esta investigación ha tenido en cuenta enfoques cercanos a la etología, sin perder con ello de vista lo polémico de su aplicación a las ciencias sociales, pero sin renunciar tampoco a su eficacia en orden al conocimiento precisamente de la naturaleza radicalmente social de los fenómenos a analizar. Desde esta postura se parte del hecho de que lo que se visualiza en el parque en estudio concierne a poblaciones diferentes sobre un mismo territorio de copresencia, lo cual implica una visibilidad recíproca, unas maneras de ser y de estar en un espacio-tiempo concreto. Ello implica una aproximación naturalista a las situaciones urbanas que parte de la base de que, en tanto se está dentro de un espacio común, compartido por desconocidos, es posible observar y ser observado, esto es, que se es visible mutuamente. Y desde esa perspectiva, la

¹² Además de los citados en el capítulo anterior, cabe mencionar *Analyzing Social Settings. A Guide to Qualitative Observation and Analysis*, Wadsworth Publishing, Belmont, California, 1971, y *Doing Social Life; The Qualitative Study of Human Interaction in Natural Settings*, Basic Books, Nueva York, 1976

¹³ A los mencionados y a los que se irán aludiendo sumanos, Louis Quéré, "L'espace publique comme forme et comme événement", en *Prendre place*, pp. 93-110.

¹⁴ Ver, además de los citados en otros puntos de la presente investigación, su "Éléments pour l'analyse de l'expérience de la vie publique", en *Espaces et sociétés*, 38-39 (julio-diciembre de 1981).

observación *in situ* se convierte en el eje fundamental sobre el cual reposa una pragmática de la experiencia urbana. Lo anterior se inserta dentro de la etología humana como una disciplina transversal que -sin dejar de percibir y administrar sus riesgos- hace parte de las distintas ciencias humanas que utilizan una aproximación naturalista, en el sentido de que procuran observar situaciones “al natural”, es decir hechos que se hubieran producido igualmente caso de no estar presente en su emergencia. Es a partir de tales observaciones de campo que se constituye un corpus lo más completo y objetivo posible de ethogramas (anotaciones sistemáticas y/o registros filmicos y sonoros), que luego son transcritos para, finalmente, elaborar las descripciones adaptadas en todo momento a las cuestiones propuestas inicialmente.¹⁵

2. La aprehensión de lo efímero

De los interaccionistas se aprendió la importancia de la observación y la descripción para descubrir un orden social en las acciones recíprocas y las relaciones ordinarias de la gente; volver al mundo empírico de lleno para prestar atención al detalle, a lo que por obvio se desecha: a las ceremonias cotidianas, a la lógica que rige los encuentros entre extraños, a la mística de la conversación, a las minucias del hacer. Se aprendió que la observación naturalista se constituye en el método más apropiado a la hora de descubrir esos pixeles microscópicos que conforman la vida ordinaria inserta dentro los espacios públicos, lugares temblorosos por definición, configurados a partir de usos, de copresencias instantáneas, de pactos, de interacciones en un continuo hacer y deshacer. Así que, en principio, la observación se relacionaría también con un cierto tipo de percepción de las circunstancias, de las situaciones, cuyo peso recaería justamente en la aprehensión de una pragmática explayada y fugaz a la vez, en un orden social que se antoja siempre en construcción. Todo esto para recalcar la preeminencia y necesidad de una observación maleable y adaptada al carácter ocasional y efímero de

¹⁵ Véase Jacques Cosnier, “L’éthologie des espaces publics”, en M. Grosjean y J.-P. Thibaud, eds, *L’espace urban en méthodes*, Parenthesis, Marsella, 2000, pp. 13-28. Su estudio eco-etológico sobre la place de la République en Lyon es una muestra interesante de este tipo de abordaje metodológico de espacios públicos urbanos y una parte importante de su aporte ha sido asumido por la presente investigación.

lo que se visibiliza en el espacio público.

La observación de la vida pública, sin embargo, a nivel general presenta algunas problemáticas relacionadas con el sujeto-investigador como su instrumento fundamental. No sólo porque éste desempeña un doble papel dentro del escenario que estudia, pues, como participante absoluto de lo que allí ocurre es un individuo más que pasa, ocupa y/o usa ese espacio público pero, al mismo tiempo, es completamente *otro*, en el sentido que su misión más allá de la práctica espacial, es la de observador avezado de ese mundo que se exhibe ante sus ojos. En ambos casos su carácter no intrusivo es fundamental y remite al despliegue exitoso de habilidades que muestren sus competencias para estar dentro de ese escenario sin provocar ningún tipo de interferencia, esto es, para convertirse en un nativo que se confunde con los otros sin despertar apenas sospechas. Al etnógrafo o etnógrafa de la vida social, en principio, se le pide que actúe como otro u otra más, a sabiendas que en esencia sólo en parte no lo es. Su éxito depende del dominio de esos extremos, de llegar a un acuerdo que posibilite conciliarlos sin detrimento de ninguno de los dos. Vivir y observar el espacio como un copresente, pero cuyo cuerpo se desplaza bajo el peso de una doble representación que le exige insertar su guión particular en las superficies donde se dirimen los perfiles de otro guión, más general, dispuesto básicamente para la coexistencia. He ahí su dilema práctico.

Desde otro punto de vista, quienes han colocado la observación no intrusiva en el eje de sus investigaciones no han dejado de notar inconvenientes cuya influencia se podría sentir en la validez de la información recolectada durante el desarrollo del trabajo de campo.¹⁶ Se plantea cómo el ánimo y la predisposición del observador pueden variar en el transcurso de la investigación, así como fluctúan las poblaciones y sus contenidos de acuerdo con el tiempo y la locación, al igual que sus comportamientos. También se recalca que se está sometido a la exposición a un cuerpo grande de información irrelevante, ya que no se puede predecir a menudo cuándo un evento crítico se producirá, por eso es necesario esperar alrededor, observar,

¹⁶ Esta problemática recorre los aportes reunidos por Eugene Webb, Donald Campbell, Richard D. Schwartz y Lee Sechrest en *Unobstrusive Mesures*. Londres, Sage, 1999. De igual manera, es planteado por los Lofland en su ya mencionada *A guide to qualitative observation...*, pp. 113-141

recibir una gran cantidad de estímulos de tal procedencia. A su vez, surge la cuestión del estrés emocional que puede sufrir el investigador durante el transcurso de su trabajo de campo, asociado con situaciones tales como “decepción y miedo ante el descubrimiento; aburrimiento y el deseo de retirarse; simpatía e impulso de ayudar”, y a al mismo tiempo la sensación de “marginalidad y la tentación de parecer natural”.¹⁷ Sin embargo se coincide en que el uso de la observación directa es pertinente cuando se aplica en las situaciones en las cuales el observador no tiene el control sobre el comportamiento o los signos en cuestión y juega un rol de inobservado, pasivo y no obstrusivo (no intrusivo) en la situación de la investigación.¹⁸ También se señalan algunos elementos o categorías que se tienen en cuenta cuando se realizan estudios donde se emplea la observación simple tales como “signos físicos exteriores, movimientos expresivos, ubicación física, comportamiento lingüístico (muestras de conversación) y tiempo de duración”, la amplitud de esos ítems, sin embargo, es notable, y son “simples solamente en el hecho de que el investigador no interviene en la producción del material recolectado”.¹⁹ Al final, se propone la utilización de otros procedimientos complementarios de observación en los que el instrumento no sea el sujeto-investigador sino un artefacto mecánico: una cámara, una grabadora de video y/o audio, etc., que posibilite captar todo lo que sucede en el entorno sin ninguna intermediación ni filtro humano que pueda comportar reacción u obstrucción de esa realidad.²⁰

Se podría decir entonces que la observación, en el sentido expuesto arriba, es pertinente hasta cierto punto en el estudio de la vida pública urbana, pero no es suficiente para abarcar sus formas difusas y fragmentarias, por lo que debe combinarse con otras técnicas, como la esbozada por Colette Pétonnet como “observación flotante”,²¹ en que se perfila una forma de observación más cercana a la naturaleza inestable de lo público, y que también de algún modo ha sido empleado por Arantes.²² En ambos trabajos se percibe

¹⁷ Lofland y Lofland, *A guide to qualitative...*, p. 32

¹⁸ Webb et al, pp. 113-141

¹⁹ *Ibidem*, p. 116

²⁰ *Ibidem*, capítulo 6: “Contrived observation, hidden hardware and control”, p. 143. Los autores sugieren la utilización de técnicas en las que el observador no es percibido como tal o incluso en las que no es necesaria su presencia física.

²¹ Colette Pétonnet, “L’observation flottante. L’exemple d’un cimetière parisien”, en *L’homme*, XXII, 1982, pp. 37-47

²² Arantes, “La guerra de los lugares”, pp. 149-163

el movimiento de la vida urbana con sus cruces y precariedades reflejado en los trazos igualmente fragmentarios y aparentemente inconexos plasmados con la misma celeridad y fugacidad pero que dan cuenta de esa naturaleza movediza de lo público. A nivel general la observación flotante consiste en mantener “la atención en todo momento vacante y disponible, a no enfocarla en un objeto preciso, sino en dejarla ‘flotar’ con el fin de que las informaciones la penetren sin ningún tipo de filtro, sin un a priori, hasta que aparezcan los puntos de referencia, las convergencias y se llegue entonces a descubrir las reglas subyacentes”,²³ es si se quiere una forma de dejar abierta la atención para captar la polifonía del entorno, la multiplicidad de estímulos que surgen de manera inusitada y efímera ante los ojos impasibles del observador, que debe ir plasmándolos -en la medida de lo posible- tal y como ocurren en la realidad. En principio, la observación flotante alude a un mecanismo que podría ser útil hasta cierto punto para capturar esos instantes que constituyen la vida social dentro de los espacios urbanos; pues percibir lo inestable implica también algunos problemas de procedimiento a la hora de escribir esa información, especialmente en lugares como la calle, en donde hay tal cantidad de estímulos que se hace muy difícil ir anotándolos todos al tiempo mientras se observa. Es un problema metodológico que podría resolverse en parte mediante el uso, por ejemplo, de una grabadora de audio pequeña, tipo periodista, que permita el registro de la información con una celeridad similar a como ocurre en la realidad. Aunque ello implicaría el no pasar completamente desapercibido o desapercibida, especialmente en un lugar como un parque urbano, pues llamaría la atención no tanto su presencia merodeadora sino el uso continuo de tal aparato. Una forma de obviar esta circunstancia sería el empleo de un mecanismo que permita al investigador ir registrando oralmente lo que observa, es decir, en lugar de tomar notas directamente, va guardando todo de viva voz, de manera que realizaría los registros en forma inmediata y sin perder ningún detalle; sin embargo, quedaría pendiente el trabajo de transcripción de tales observaciones con la mayor fidelidad posible.

Lo anterior indica una vez más cómo los instrumentos se convierten en meras guías a través de las cuales es posible llegar a la comprensión de un proceso social; y la observación flotante no se aleja de ello pues, como simple

²³ Pétonnet, “L’observation flotante”, p. 39

camino de conocimiento, no pretende ni puede ser exclusivo ni excluyente, ya que sería imposible su uso literal no sólo por las razones procedimentales esbozadas arriba sino porque el investigador/investigadora deviene, como ya se ha dicho, inexorablemente participante (transeúnte, ocupante de un banco, interlocutor anónimo, etc.). Así que éste mecanismo hace referencia básicamente a una cualidad específica del sujeto investigador cuya atención debe estar en constante vigilia y apertura para captar las situaciones fluctuantes y contradictorias del entorno, sin perder de vista que él mismo ocupa una posición visible dentro de un espacio compartido por extraños. Sea como fuere, todo ello deja entrever el carácter ambiguo de lo público, que se traduce en las dificultades metodológicas para abordarlo, como lo demuestra el carácter aún poco sólido de una técnica como la observación flotante, que seguramente se irá delineando con los posteriores trabajos que se elaboren para el conocimiento de la vida urbana en contextos públicos.

3. Métodos y etapas de investigación

Teniendo en cuenta lo dicho hasta aquí, queda clara la asunción de una observación naturalista no obstrusiva y de una posición analítica que parte de esas observaciones detalladas y minuciosas del mundo empírico. Pues solo a través de ese abordaje práctico es posible la aprehensión de las regularidades, de los trazos comunes que lo conforman y lo rigen así como de los sobresaltos y excepciones; una aproximación que permite describirlo y luego conocerlo y comprenderlo. Es si se quiere un dejo de algo que se manifiesta en el mundo científico de la física donde se habla de cómo de alguna manera el observador modifica lo visto, en esa medida el mundo existe en cuanto es observado por alguien, en cuanto se mira.

Ahora bien, en el caso de esta investigación ese acercamiento al mundo empírico, como ya se ha dicho, reposa en una etnografía de los espacios públicos cuyo instrumento principal, la observación naturalista, se constituye en un mecanismo efectivo para intentar ese acercamiento al objeto de la realidad que interesa, en este caso, el espacio urbano.²⁴ En términos específicos, se

²⁴ Es pertinente anotar que se conocen pocos estudios que versen sobre la vida cotidiana de los parques en el sentido que se le ha querido dar en este trabajo; aunque durante los últimos

asume entonces como central, de acuerdo con los trabajos ya mencionados, la utilización de la observación simple, a la manera planteada por Webb y otros, es decir, como observadora no intrusiva; la observación naturalista, según Lyn y John Lofland, y la observación flotante propuesta por Pétonnet. En primera instancia, cuando el observador está oculto, en el sentido de que se mimetiza con el ambiente para no llamar la atención, elimina gran parte de los problemas de reactividad, pues los individuos no se percatan de que se les observa; de ahí la posibilidad de estudiar los fenómenos de interés con la suficiente seguridad de que las personas inmersas en ellos no van a variar sus comportamientos en un sentido u otro, como suele ocurrir cuando los individuos se saben observados. Es, si se quiere, un mecanismo que permite llevar a cabo una compilación con la suficiente confianza en los datos obtenidos, lo cual no significa que se obvien las limitaciones relacionadas con los problemas generados a partir de que el instrumento de observación no sea otro que el cuerpo del investigador con todas sus implicaciones, sobre lo cual ya se habló en un apartado anterior.

En principio la utilización de este método es pertinente en los trabajos sobre espacios públicos por el mismo carácter amplio de éstos, en el sentido

años hay un interés mayor por estudiar este tipo de espacio desde diversos puntos de vista. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Traude Müllauer-Seichter sobre la Casa de Campo de Madrid, "¿Qué es el parque? Territorio físico e interpretativo según la memoria colectiva", en *Las culturas de la ciudad*, vol. I, pp. 545-566; "El uso del espacio verde urbano: entre lo privado y lo público: estética y rendimiento económico. La Casa de Campo, parque de Madrid". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LVI/1, 2004, pp. 163-181, y "Estrategias en el uso del "Verde Social": el caso de los pequeños enclaves individualizados en la Casa de Campo de Madrid", en C. Ortiz García (ed.), *La ciudad es para ti. Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*. Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 147-163. También los de Ksenia Sidorava "El parque de Santiago: usos y significados de un espacio público en el centro histórico de Mérida, Yucatán", en F. Repetto y J. Fuentes (eds), *Mérida Miradas Múltiples*, Vargas impresores S.A. México, 2003; Therry Rocco, "Le devenir des espaces verts. Le jardin anglais de Munich", en *Réinventer le sens de la ville: Les espaces publics à l'heure globale*. L'Harmattan, París, 2001, pp. 139-148, y Oliveira Vázquez, "Chapultepec: Paseos y recreación, entre la historia y el mito", en M.A. Aguilar, A. Sevilla i A. Vergara (eds.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*. Conaculta/Universidad Autónoma de México, México DF., 2001, pp. 385-422. No los he podido consultar, pero constato la existencia de otros estudios: Pascal Amphoux y Christophe Jaccoud, *Parcs et promenades pour habiter, douze monographies lausannoises*, Tome 3, rapport IREC, no. 121, Lausanne, 1994, especialmente el capítulo 5 que versa sobre la "Place de Milan", y L.M.S.A Costa, *Popular values for urban parks: a case study of de changing meanings of Parque do Flamengo in Rio de Janeiro*, phd, thesis, Londres, University College, 1993. Merecen destacarse, por la influencia que han tenido sobre la presente investigación, tanto el trabajo seminal de William H. Whyte, *City*, que contiene abundantes consideraciones sobre las efervescencias cotidianas en plazas y pequeños parques de Nueva York, como el estudio comparativo de Setha M. Low sobre dos plazas de San José de Costa Rica, ambos ya citados. De Whyte conozco la existencia de una obra que se antoja importante, pero a la que no he podido acceder: *Analysis of Bryant Park: Recommendations for Action*. Rockefeller Brothers Foundation, Nueva York, 1977.

que permite el “ocultamiento” del investigador, el pasar desapercibido, el ubicarse en el mismo nivel de los demás, ya sea como simple transeúnte o como ocupante transitorio de ciertos lugares y recorridos; implica que el observador debe estar también en completo movimiento, desplazándose continuamente para no parecer “fuera de lugar”, para no dar impresiones equívocas, pues su permanencia en un mismo sitio daría pie para malentendidos que obstruirían el desarrollo normal del trabajo de campo, máxime si quien lo realiza es una mujer.²⁵ Si se tienen en cuenta esas limitaciones este procedimiento permite mantener cierto grado de anonimato para poder llevar a cabo la observación de la manera más natural posible a través del camuflaje o camuflajes pertinentes a cada situación: el observador se mimetiza para convertirse en una no-persona más, es decir, en un mero objeto que usa y transita un lugar de manera legible, tal como los demás, de tal suerte que sus movimientos se mezclan con los de los otros, así el carácter de su experiencia sobrepase la de la cotidianidad más elemental.

.... Si un lugar es público y abierto, es decir, definido legal y tradicionalmente como un lugar donde 'cualquiera' tiene derecho a estar, es muy fácil sumergirse en él para hacer una investigación (...) En los escenarios públicos y abiertos, el observador desconocido experimenta pocas obstrucciones para acceder a los datos. En muchas ubicaciones -sitios de espera, parques, restaurantes, cafeterías, etc.- la toma de notas se facilita por esa actividad típica de ensimismamiento que suelen tener las personas solitarias en tales circunstancias. Es decir uno simplemente está pasando el tiempo escribiendo (o elaborando un mapa o haciendo un censo o independientemente de) sin aparecer 'extraño'. (El empleo de cámaras, magnetófonos, etcétera, etcétera puede ser más difícil).²⁶

Por supuesto que en ciertos espacios públicos como los parques, donde el anonimato no es total, puesto que muchas de las personas se conocen de

²⁵ Como se sabe, las mujeres y demás individuos socialmente inferiorizados (inmigrantes, indigentes, ancianos, etc.) no pueden disfrutar siempre de la indiferenciación plena en el espacio público, esto es, del derecho a usar cualquier espacio de manera anónima, sin despertar atenciones indeseadas ni interferencias ajenas al simple hecho de estar o pasar por cualquier lugar de la ciudad. De ahí la necesidad de una mimesis lo más completa posible con el contexto a través de gamas de comportamientos y fachadas confiables y “naturales”, que ofrezcan pocas ambigüedades, especialmente, cuando se lleva a cabo una investigación en un espacio público.

²⁶ Lofland y Lofland, *A guide to qualitative...* p. 21

vecindad o por coincidir frecuentemente allí, es más difícil lograr esa mimesis. Ello exige urdir ciertas tácticas para pasar lo más desapercibido posible. En el caso concreto de este trabajo, la investigadora recurrió a varias fachadas personales para representar papeles específicos que le permitiesen llevar a cabo una observación disimulada y tener cierto nivel de invisibilidad: madre de familia, deportista, estudiante, paseante acompañada y solitaria. De todos ellos fue este último, paseante solitaria, el que más intranquilidad e inseguridad produjo, debido a la atención inusitada despertada en los ocupantes del parque. Intranquilidad por saberse observada con cierto grado de desconcierto, vinculada quizá a la relación mujer-espacio público en la que persisten elementos problemáticos asociados a una concepción patriarcal de lo público; e inseguridad por sentirse de alguna manera vulnerable en un espacio ocupado principalmente por hombres –durante las mañanas-, lo cual obligaba a mantener una posición de vigilia constante para evitar conversaciones indeseadas, presencias merodeadoras y sobre todo, signos que pusieran en peligro la integridad personal.

Paradójicamente, en esos escenarios urbanos en apariencia democráticos y abiertos a todos, máxima expresión de libertad según algunos, es donde más se experimentan los límites para el tránsito femenino con cierta seguridad; es como si aún a las mujeres se les negara la posibilidad de recorrer la calle, el parque o cualquier otro lugar público sin que ello sea motivo de especulaciones o atenciones indeseadas, lo cual refleja ese “marcaje espacial” que condiciona no sólo sus recorridos sino también un tipo de relaciones que allí se traducen en la dificultad para disfrutar de las ventajas del anonimato y la individuación que deberían presidir las relaciones entre desconocidos en espacios públicos. Para las mujeres en general, el disimulo, las verdades a medias, las renegociaciones y retiradas a tiempo –condiciones previas consustanciales a los encuentros efímeros- parecen ser mucho más difíciles, arriesgados y comprometidos que para los hombres.²⁷

La observación flotante fue otro de los métodos que se empleó no sin dificultad, puesto que a veces era casi imposible plasmar la cantidad inusitada

²⁷ Véase Manuel Delgado, “La mujer de la calle: género y ambigüedad en espacios urbanos”. Conferencia pronunciada en el encuentro *El género y las políticas del tercer milenio*, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara, 30 de noviembre de 2000.

de eventos, de interacciones, que se daban simultáneamente en el parque, especialmente en ciertas horas del día. En esas oportunidades se intentó el uso de una grabadora de periodista para registrar de viva voz las observaciones, pero a la larga se hizo más difícil pasar desapercibida –la gente se fijaba con curiosidad en lo que hacía-, así que se desechó su utilización de manera sistemática. Este inconveniente se superó en parte a través del empleo de procedimientos como la abreviatura de las palabras, el empleo de algunos signos taquigráficos, palabras clave o dibujos, entre otros artilugios que muchas veces surgían sobre la marcha. La toma de notas se realizó mientras se deambulaba de un lado a otro o desde los bancos y/o escaleras situadas estratégicamente y desde un montículo artificial ubicado en la parte baja del parque. La ubicación en esos puntos facilitó tener una visión tanto de ambientes específicos y de otros más amplios y visibles, sin estar obstruyendo ni interviniendo en alguna actividad concreta; eso mismo se hizo en el mirador de La Florida, que está fuera del parque, pero que permitió tener un perfil general de ciertos espacios para vislumbrar los movimientos macroscópicos, es decir una visión en perspectiva y de conjunto de los desplazamientos y las actividades colectivas.

No se ha querido ahondar en las implicaciones que podría tener el uso de la observación en cualquiera de sus modalidades en la validez interna o externa de la información recolectada, que remitiría al eterno debate objetivo/subjetivo; sin embargo, huelga decir que una de las formas de comprender la posible carga subjetiva de un trabajo científico, especialmente en el campo de las ciencias sociales, es asumiéndola con todas sus significaciones, incluyendo la visión del investigador que no puede despojarse de su complejidad humana y la acepta como parte del proceso de investigación. Lo anterior se refleja en este trabajo sobre ese objeto efímero de lo público, en cuya escritura también se emplean distintas personas gramaticales: en primera cuando se es transeúnte, paseante, husmeadora o cuando se conjuga la teoría y práctica en un solo cuerpo; en tercera, para el esbozo de las conclusiones; impersonal, cuando se avienen los elementos teóricos y metodológicos que estructuran su base científica.

El trabajo de campo se realizó en dos etapas claramente definidas. La primera de ellas abarca el final del invierno, la primavera y principios de verano

de 2001, que coincidiría con el momento inicial de exploración; y la segunda, el otoño de 2003, invierno, primavera y parte del verano de 2004. En ambos procesos los mecanismos empleados para la recolección de los datos fueron similares aunque es conveniente apuntar algunos pequeños matices. En la primera fase se empleó especialmente la observación simple y la flotante, la mayoría de las veces bajo fachadas o presentaciones personales específicas -madre, mujer acompañada- que permitiesen cierto grado de anonimato, dentro de lo que puede caber en un parque público urbano. De ese modo se pudo pasar más desapercibida, lo cual redundó en una mayor seguridad y tranquilidad para recorrer todos los rincones del parque sin sentirse “fuera de lugar”, ni provocar malentendidos. Una mujer con un niño por lo regular no suele ser una figura que incite a posibles ambigüedades, pues su rol está decidido de lleno, es visible: está extendiendo más allá de las paredes de su casa su función de madre. Ello permitió un relativo grado de invisibilidad que facilitó cierta fluidez en los tránsitos y entablar diálogos con similares o con personas mayores, además de posibilitar la escucha de conversaciones entre ellas.

En la segunda fase también se empleó la observación simple, no obstrusiva, aunque se optó por hacerla en solitario empleando para ello varios recursos. Uno fue la ubicación en lugares que permitieran tener una visión lo suficientemente amplia de ciertas zonas y que al mismo tiempo propiciaran cierto nivel de disimulo. Se encontró uno ubicado en un extremo de la plaza urbana de la entrada principal, que aunque era visible para los que cruzaban por ella, permitió la contemplación de las vías principales y otras áreas adyacentes donde se producía el mayor tránsito de personas sin llamar demasiado la atención. Otro recurso fueron los paseos interiores mediante figuras diversas demarcadas a partir de las entradas y salidas del lugar. Así por ejemplo, en ocasiones se accedía por la entrada principal para luego tomar hacia el costado sur, subir a la parte alta, cerca al cementerio, y luego recorrerla para bajar nuevamente hacia el lugar inicial, trazando una circunferencia que englobara al parque. En otras ocasiones se hicieron elipses, rectángulos, etc., figuras éstas que permitían tener una movilidad suficiente para abarcar varios lugares a la vez y cierto grado de seguridad individual, pues al no permanecer en un mismo sitio se diluyen las posibilidades de

atenciones indeseadas, de “asaltos” a lugares personales privatizados y sobre todo de interferencias en el derecho absoluto de disfrutar de un espacio público en solitario. Esta suerte de peripatesis permitió mantener una posición en permanente movimiento lo que facilitó contemplar actividades aquí y allá, movimientos paralelos ejecutados por diversidad de personas y modos de transitar; pero también fue una oportunidad para descubrir olores, sonidos, ambientes ocultos a veces deshabitados, pero con restos visibles de vida social. Con la ventaja añadida de que se tenía pleno control sobre el tiempo-espacio, esto es, sobre los ritmos en la ejecución de la marcha y sus motivos mediante el dominio de los pasos y sus retóricas: pausas, aceleraciones, devaneos, reconocimientos, repeticiones, desvíos, suspensos.

En cuanto a los roles desempeñados en esta segunda etapa, el de estudiante fue el más generalizado; de hecho algunas personas, como los dos hombres encargados del parque, ya sabían que estaba haciendo un trabajo de investigación, lo que alejaba un poco esa posición de incógnito de la investigadora. Pero también se desempeñó el de deportista, el más adecuado para realizar aquellas observaciones generales, pinceladas que luego fueron reconstruidas, pero inútil a la hora de contemplar los hechos insignificantes, los pequeños detalles, las fisuras cotidianas donde se dinamiza la realidad. Además, el hecho de estar corriendo o caminando constantemente aunque aleja los malentendidos y los abordajes indeseados, impide hacer las anotaciones sobre la marcha. Lo que fuerza a una reconstrucción memorística de aquellos acontecimientos fijados con las implicaciones que conlleva esa labor.

Se ha hablado hasta aquí del uso de la observación no obstrusiva como una de las herramientas básicas de trabajo; sin embargo merece la pena diferenciarla de la observación encubierta cuyos significados e implicaciones éticas podrían ser distintas. En el primer caso se trata simplemente de un mecanismo relacionado con la propia naturaleza abierta del espacio público en donde, como ya se ha recalado, los actores son visualmente accesibles entre sí. Esto implica de entrada el uso de la mirada en todas las circunstancias prácticas de desplazamiento y estadía pero también que cuando se está observando, así sea de manera disimulada, se hace lo mismo que las otras personas: ojear el entorno para comprobar comportamientos, vislumbrar

caminos, evitar roces..., para asegurarse de que se está a tono con los contextos inmediatos. Así que, en principio, el objetivo del etnógrafo o etnógrafa que practica una observación no obstrusiva en gran medida es el mismo de cualquier otro individuo que está en el espacio público: mirar con solvencia sin devenir obstáculo en la ejecución de las acciones propias y/o ajenas.

En ese contexto, hablar de observación participante se constituye en una especie de pleonazgo, puesto que es porque se observa que se participa. Con la salvedad de que el éxito de su labor depende de la destreza con la que se desempeña como un desconocido más inmerso de lleno en un ambiente dado, del que, a la vez, toma distancia para percibir y anotar lo que allí sucede. En el caso de la investigación encubierta sus connotaciones son distintas. De hecho la palabra encubrir denota otra condición: ocultar una cosa, no manifestarla o impedir por todos los medios que se llegue a saber, que salga a la luz. En ese sentido el investigador cubre su identidad intencionalmente y se hace pasar por otra cosa para realizar su trabajo. Algo parecido a lo que hacen los agentes secretos, espías o contraespías, o, en un ámbito más cercano, una sospechosa tendencia de seudoperiodistas que graban conversaciones sin avisar, ponen cámaras ocultas, etc. Es claro que ese tipo de observación no es el que interesa en este trabajo, así se hable de fachadas o re-presentaciones personales -por lo demás reales, es decir no impostadas- cuyo fin último, como se explicó, es el de lograr una mimesis con el entorno para no obstruir ninguna acción al tiempo que se realiza la labor investigativa.

En paralelo a la observación participante no obstrusiva se utilizó la escucha de conversaciones captadas al vuelo, la entrevista y, especialmente, la charla informal con algunos de los ocupantes asiduos, especialmente los pajareros. Se recurrió a ésta última ante la negativa de la mayoría de ellos a la utilización de una grabadora de audio y a la relativa facilidad con la que, después de un tiempo, algunos ocupantes se abrían o permitían los contactos verbales. Contactos que no siempre se originaban en el deseo de la investigadora, sino en las mismas personas con las que se compartía un espacio; eran ellas las que muchas veces “rompían el hielo” e iniciaban una conversación casi siempre sobre temas triviales, usando aquella función fática de la que hablaba Malinowski y, luego de él, Roman Jakobson, para referirse a

un acto de comunicación que no implicaba intercambio de información, sino únicamente disponibilidad para que éste se produjera. Así que el tiempo en general se constituyó en uno de los referentes indiscutibles a la hora de tejer cualquier interacción verbal. De esa manera se habló con distintas personas en cada una de las etapas de observación. Eran por lo general conversaciones fluidas sobre tópicos aparentemente intrascendentes, pero ligados siempre al parque o a la actividad visible en esos momentos. Así fue más fácil hablar con los pajareros, con las mujeres que se ponían en las gradas de las escaleras, con las madres, con los abuelos, con hombres y mujeres de diversas nacionalidades y con algunos jóvenes. Es decir, desarrollar una conversación a tono con las circunstancias y los contextos inmediatos, lo cual en cierta medida significaba ponerse en el sitio de los demás y mantener en todo momento una posición políticamente correcta dentro de los escenarios urbanos: enviar e interpretar adecuadamente los signos para saber cuándo abrir o cerrar una conversación, alejar la atención de los detalles “problemáticos”, mantener una postura gestual y corporal apropiada para no emitir señales equívocas, etc.

Aunque los diálogos informales fueron muy importantes durante el proceso investigativo, también hay que mencionar el uso de la entrevista semi-estructurada en algunos casos puntuales, definidos por la permanencia y el grado de conocimiento del lugar de algunas personas. Así que, en primera medida, se entrevistó a varios hombres mayores pajareros cuya presencia fue notoria durante casi todo el trabajo de campo; también se habló con varias mujeres, algunas mayores que se reunían con otras personas en la escalera principal para jugar cartas, y otras jóvenes amas de casa que acompañaban a su hijos al parque durante el verano. En el segundo caso, se entrevistó a dos hombres que desde hace varios años se ocupan del parque; ambos fueron una fuente estupenda de información, pues, además de cumplir con su labor cotidiana de limpiar y mantener en buenas condiciones ese lugar, o más bien por ello, conocen de primera mano aspectos interesantes de su vida interna. Saben, por ejemplo, de los cambios en el perfil de los visitantes durante los últimos años y de cómo estos los usan fluida o problemáticamente; conocen también los sucesos que se convierten en historias del boca a boca y las presencias reiterativas cuyos vestigios reflejan muchas veces una manera de ocupación espacial específica. Su presencia constante señala por un lado que

el parque es su lugar de trabajo; de ahí el equipamiento de su fachada personal -el uso de uniforme- acompañada de los instrumentos y las actividades correspondientes que llegan a mimetizarse con el entorno y, por el otro, que es un lugar de observación en el cual desempeñan el papel de vigías y de testigos de todo lo que en él ocurre; son en últimas observadores, a veces sigilosos a veces declarados, de los movimientos de la vida cotidiana. De alguna manera son los ojos del parque mientras están ahí y como tales dan cuenta en primera persona de los sucesos que emergen pero también de aquellos que les comentan otras personas y que ellos pueden transformar o no a su antojo cuando los evocan en la entrevista.

Como se sugiere arriba, el uso de la entrevista fue secundario pues se tenía claro que sus márgenes de confianza estaban signados de una u otra manera por la posición social de quien la realizaba, en este caso una mujer e “inmigrante”, categorías que remiten de entrada a miembros estigmatizados de la sociedad. Por tal razón hubiese sido iluso pretender que un “nativo” respondiese o dijese a la investigadora las mismas cosas que a un investigador varón y “nativo”. De alguna manera las “identidades” a priori de quien investiga condicionan no sólo las respuestas sino las actitudes de las personas que entrevista, máxime si no se corresponden con unos patrones “comunes” o menos “diferentes”. Ello podría explicar los silencios, las reticencias, los disimulos y todo un conjunto de comportamientos que en si mismos darían para otra investigación. Y también daría pie a ciertas preguntas ¿Cómo percibe la gente a una mujer-“inmigrante” que investiga en un lugar público? Y cuando ésta pregunta algo, ¿la gente le responde, en efecto, lo que piensa o simplemente lo políticamente correcto dada la condición de quien pregunta? Como colofón, ¿incide en las respuestas el hecho de que quien hace las preguntas sea, además de mujer extranjera, una persona que se presenta como *académica*? De ahí que, en este caso, se haya confiado más en la observación directa que en la entrevista como recurso metodológico para obtener la mayoría de los datos.

Otro mecanismo utilizado fue la escucha de conversaciones en distintos escenarios. A través de ellas fue posible no sólo descubrir cosas importantes entorno a los movimientos del parque (historias de sucesos nocturnos, ocupantes y usos no gratos, descuido y falta de limpieza del lugar, los perros

sueltos y sus amos, etc.), sino también ecos de una actualidad política y social coyuntural (el *Prestige*, la inmigración, la guerra de Irak, Aznar y Rodríguez Zapatero, la monarquía, los programas de televisión, etc.) y de una realidad más lejana: la guerra civil, la carestía, el hambre, etc. Aspectos estos que dan pistas sobre tópicos relacionados con el espacio público en estudio y, especialmente, sobre esas personas que lo ocupan, con sus visiones, sus ideas, sus memorias y sus modos de ver el mundo. La escucha de conversaciones no supone en ningún caso una violación a algún principio ético pues la copresencia en el espacio público no sólo denota una coexistencia de cuerpos sino también de lo que de ellos emana: lenguaje verbal y no verbal, olores y hasta imágenes táctiles, todo bajo el reconocimiento de una condición de accesibilidad mutua en un espacio fugazmente compartido.

En términos generales, la observación naturalista -preferentemente simple no obstrusiva y flotante-, la escucha de conversaciones, la entrevista no estructurada y los diálogos informales fueron los instrumentos más empleados en ambas fases del trabajo de campo, aunque también se utilizó en menor medida la ayuda de medios técnicos como la videograbadora y la grabadora de audio, especialmente para registrar imágenes y sonidos que sirvieran para ampliar los contextos sensoriales, esto es, para comprender los elementos que conforman las distintas atmósferas del parque en estudio. Dentro de esos instrumentos secundarios cabe señalar además la elaboración de esquemas y mapas de trabajo para indicar actividades y recorridos diseñados casi de una manera intuitiva y reconocidos después en el trabajo de Setha M. Low,²⁸ quien los emplea de modo sistemático para localizar actividades y conteo de personas por edad y sexo en determinados sectores de las plazas que estudia. Esos mapas de actividades y comportamientos son estrategias útiles a la hora de llevar a cabo la tarea de observación dentro de un escenario público.

Por último, con los lineamientos metodológicos expuestos cabe mencionar también el análisis bibliográfico y documental referido sobre todo a la historia de la ciudad de L'Hospitalet y los sectores que envuelven al parque. Así que la revisión de archivos, fotografías, periódicos y otros escritos también

²⁸ Low, *On the plaza*, p. 39

ha sido una pieza importante para armar la estructura de esta investigación.²⁹ En todos los casos, conviene insistir en que los procedimientos empleados para intentar aproximarse a la vida social en público en el Parc de Les Planes han sido considerados como herramientas al servicio del conocimiento del objeto estudiado, adaptadas en lo posible a su naturaleza inestable, y no constreñimientos que hayan determinado el curso de la investigación, como con frecuencia suele ocurrir con los protocolos de trabajo de campo prefigurados.

Se reconoce entonces que el acercamiento al mundo empírico es en verdad una labor compleja, “una tarea ardua que requiere un método de sondeo minucioso y honesto, una imaginación creativa pero disciplinada, iniciativa y flexibilidad en el estudio, una serena reflexión sobre los hallazgos realizados y estar permanentemente dispuesto a poner a prueba y refundir los puntos de vista y las imágenes personales sobre el área en estudio”.³⁰ Para alcanzar tal objetivo en un contexto como el que suponen los espacios públicos urbanos se ha recurrido, como se ha mostrado, a la observación flotante. Pero, ¿ha sido suficiente para capturar la fugacidad de los acontecimientos, el detalle, los relámpagos de realidad social que surgen y se desvanecen ante los ojos de la investigadora? También se ha empleado de forma preferente la observación simple disimulada con voluntad no intrusiva. Pero, ¿acaso la presencia de la investigadora en un lugar público no la hace partícipe de lo que allí ocurre, de los acontecimientos que se tejen alrededor y que parecen no tocarla? Sin mencionar la condición que podríamos calificar de *liminoidal*³¹ que implica el propio papel del observador/a: alguien que juega con las apariencias propias para entender lo que las apariencias de los demás indican, para descubrir como con ellas se organizan las interacciones efímeras, las prácticas en filigrana, los usos más prosaicos y al tiempo más complejos. Ciertamente, las intemperies urbanas son un terreno difícil para el etnógrafo o la etnógrafa, pero también una oportunidad para que éstos conozcan de primera mano los límites de sus métodos cuando se aplican a una sustancia social que se niega

²⁹ En este sentido se acudió al Museu Històric de L'Hospitalet, al Arxiu Municipal y al Centre d'Estudis de L'Hospitalet.

³⁰ Blumer, “La posición metodológica del interaccionismo simbólico”, p. 30

³¹ En el sentido de que su condición propia parece ser en sí misma la de la ambigüedad y la paradoja, como Victor Turner ha hecho notar que corresponde al transeúnte ritual en los ritos de paso (*La selva de los símbolos*, Siglo XXI, Madrid, 1980, p. 107).

a cuajar en instituciones sólidas; no a un objeto detenido o que realiza movimientos previsibles y finalistas, sino a un colosal nudo de tránsitos de quienes –como el investigador o la investigadora mismos– sólo pueden estar ahí *de paso*.